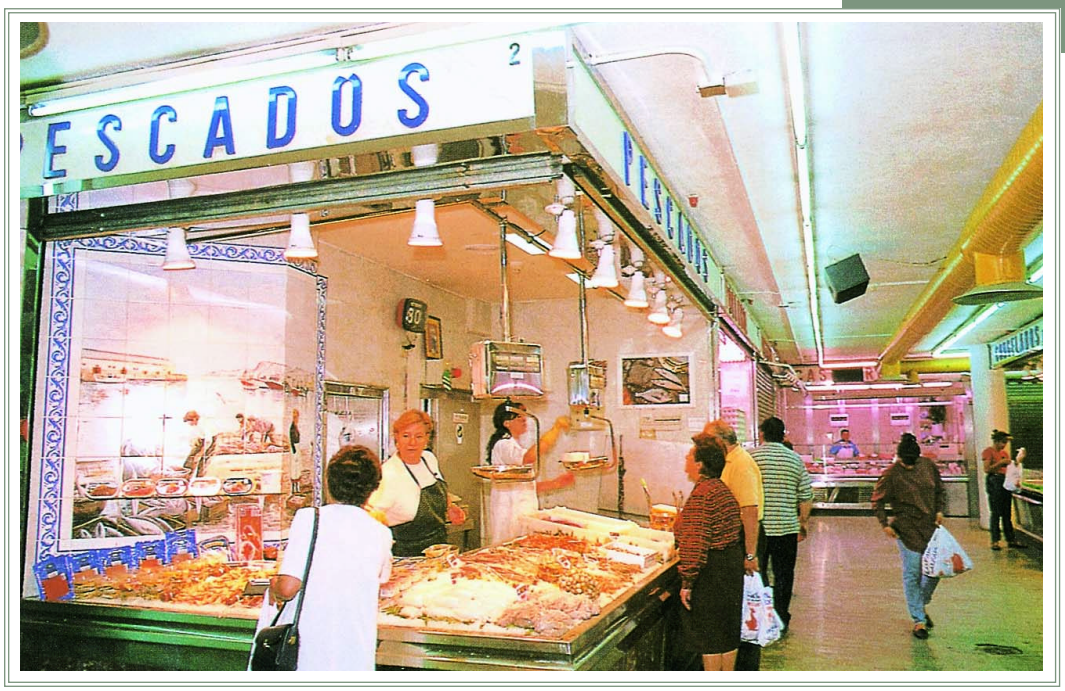


MERCADO EL CANGURO. VILLALBA (MADRID)

El extravagante

ANTÓN SAGARRA GARULO

A mi vecino del tercero le llamaban el extravagante. En Villalba, mi pueblo, siempre había sido así. Había dejado la estela de su sombra y su silencio delante de esa sentencia, breve y cruel. De esa manera y no de otra fue como le llamó mi abuela, que era la más antigua de la finca, un día cualquiera de mi infancia, día que, por cierto, marcó mi vida.

En el buzón de este singular vecino se podía leer: *Matías Sarría. Productor*. Mi abuela me confesó que no sabía qué podía significar esto; nunca se le había conocido oficio ni beneficio.

El extravagante se despertaba tarde; daba un paseo por el paseo de los Plataneros hiciera sol, lluvia o tristeza; después, volvía a su casa, en la calle de la Venta, donde se echaba una pequeña siesta; desde las seis de la tarde se le podía ver por la calle Batalla de Bailén, arriba y abajo, con una mano en el bolsillo y la otra, temblorosa, sujetando un cigarrillo liado, seguramente, por la mañana. No saludaba a nadie pero su gesto pretendía ser agradable para todos. Seguramente nadie se había atrevido nunca a decirle nada. Se respiraba cierto rencor hacia el extravagante.

Yo siempre quise ser como él. Tan refinado, tan elegante y tan aparentemente despreocupado. Yo pasaba las tardes sentado en el suelo frente a la puerta del mercado del Canguro, mirándole, sin atreverme a saludar. Él no se fijaba en mí, pero mi presencia, y eso ahora me parece irrefutable, no podía pasarle del todo inadvertida.

Mi madre se enfadaba conmigo pues decía que no era una persona normal. A ella le hubiera gustado verme haciendo travesuras con los demás chicos del pueblo y, sobre todo, darle motivos para regañarme. Pero yo, siempre despacio, le respondía que no quería ser travieso, y menos aún, comportarme como si tuviera trece años, aunque los tuviera. Mi abuela se dio cuenta enseguida de que lo único que yo quería era ser amigo del extravagante. Por eso, cada tarde le esperaba en el elegante mercado de mi pueblo, surcado hoy por el progreso en forma de centro comercial en su parte superior.

El día que cumplí catorce años, San Judas Tadeo, escuché a mi madre, preocupada, diciéndole a mi abuela: *Pero qué le voy a regalar a este chico, si lo único que le interesa es sentarse enfrente del mercado. Mi abuela, que no sólo era la más antigua de la finca sino también la más inteligente, le respondió: pero hija mía, le has preguntado si quiere algún regalo. A lo mejor no quiere nada y sólo quiere que un día le acompañes a la calle de la Batalla del Bailén, a la altura del mercado.*

El caso es que mi madre nunca me regaló otra cosa que no fueran guantes, bufandas o calcetines de lana, mientras yo seguía pasando las tardes en aquel lugar. Los días de lluvia entraba en sus bajos y me quedaba, perplejo, mirando el mural de azulejos de la pescadería Tapia; o me dejaba caer por la frutería de Lucio o por la pollería Peli, espiando a las señoras a las que siempre les parecía molestar mi presencia.

Por su parte, el extravagante era cada día más elegante y su cara más rasgada y atractiva. Decía Oscar Wilde que, a partir de los cincuenta, tenemos la cara que nos merecemos: el extravagante se había merecido el mejor de los rostros.

Con un caminar decididamente firme y un arrojo adolescente fui a despedirme de él poco antes de ser reclutado. Cuando lo vi cerca no me atreví a contarle que durante año y medio no me vería esperarle, como atontado, en la puerta del mercado. Tuve que llorar. Yo tenía diecisiete años y mi tío había encontrado un estupendo destino en el cuartel de la calle Quintana, de Madrid. Según comentó, un conocido suyo, el comandante Quintana, solicitaba un recluta que midiese más de 180 centímetros y fuese culto. Yo acudí con la seguridad que me daba la cartilla militar firmada con la altura solicitada, pero un poco inquieto por el asunto de la cultura. Una vez pasé al despacho del comandante, la conversación fue breve.

¿Qué altura, expresada en centímetros, revela su cartilla militar? Ciento ochenta, mi comandante, –respondí con aires castrenses–. *Bien, bien,* –pensó en alto–. *Y... dígame, joven, ¿podría decirme Ud. en qué región de este país se encuentra la ciudad de Jerez de la Frontera? En Andalucía, mi comandante,* –volví a contestar–. Y con un gesto de aprobación, entre ridícula y militar, pidió al sargento que tomara mis datos. Allí pasé los dieciséis meses de rigor.

Cuando terminé el servicio militar, volví cargado de madurez y clarividencia. En el tren de vuelta, el primer pensamiento era para mi madre; el segundo para el extravagante. Mi abuela, desgraciadamente, había fallecido.

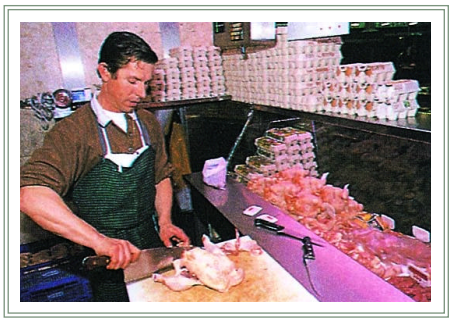
A pesar de no sentirme demasiado orgulloso de mi vida militar, deseaba que el extravagante se enterase de alguna manera de que yo era ya un poco mayor. Tras diecisiete años, una sombrita anunciaba mi

primer mostacho. Eso sí, sexualmente no fui muy precoz; incluso renuncié a la acostumbrada visita a esos lugares donde se compran y se venden los afectos a los que mis compañeros de reemplazo acudían quincenalmente.

En el pueblo algunas cosas habían cambiado. La prima Vero y la prima Isa habían crecido efectivamente. Marisa, la vecina del piso de enfrente, se esmeraba en hacer notar su parte más femenina y, alguno de los que nunca habían sido amigos míos, se jactaban de sus conquistas a la vez que enseñaban fotos asombrosamente indiferentes a mis ojos. A los diecisiete años yo no había cambiado: sólo quería ver a Matías Sarría.

Una vez terminado el descomunal pastel de miel y manzana que mi madre había preparado con esmero, fingiendo que era mi postre favorito, salí en dirección a la calle Batalla de Bailén. Poco antes de cerrar la puerta, pude escuchar la voz lamentada de mi madre que decía: *Ay, este hijo mío, siempre con lo mismo; no ha podido con él ni el ejercito. ¿Qué habrá en ese mercado?* Al poner los pies en la calle sentí la mirada aérea de Marisa, que parecía celebrar mi regreso con su hermanita y unos hermosos pechos. Muy pronto advertí ese caminar elegante y distinguido que inmediatamente me trasladó a la infancia.

Viéndome mayor para sentarme en el suelo pero joven para pasear en sentido opuesto al del extravagante, opté por comprar un paquete de cigarrillos y fumar apoyado en uno de los escaparates de la calle. Aquel día empecé a fumar, y de algún modo se inició una aproximación al extravagante, pues debía pasar a apenas dos metros de donde yo estaba apoyado. Empecé a soñar, entonces, que un día no tendría fuego y vendría a pedírmelo.



Las costumbres del extravagante no habían cambiado. Entraba en el mercado, y, directamente, sin reparar en puesto alguno, se acercaba hasta la cuchillería, que también era zapatería. Extraía del bolsillo un puñal labrado y lo entregaba al afilador. Un sonido infernal se adueñaba de la galería. Cuando el puñal le era devuelto lo guardaba en su funda con esmero y salía del mercado. Tras su marcha se reabría el debate entre los mercaderes de los puestos cercanos a la cuchillería, que especulaban con el puñal. Quien más se afanaba era Gutiérrez, el de la jamonería. Aseguraba que ese puñal había pertenecido a Felipe II y era costumbre del monarca afilarlo cada día. En la salchichería Simancas mantenían que el extravagante estaba loco y quería poner fin a su vida. Por eso afilaba el puñal, para clavarlo en la mitad de su pecho. Aseguraban que, llegado el momento, el extravagante posponía el acto para el día siguiente.

Enseguida comenzó la presión de mi madre para que me pusiera a trabajar lo antes posible. En mi casa no faltaba, pero menos aún, sobraba de nada. Las primeras ofertas no me convencieron. Ayudante de panadería y mozo de un ultramarinos. A mí, la verdad, me daba un poco igual. Eso sí, no quería llevar carrito ni uniforme. Desde crío yo había anunciado mis deseos de ser afilador. Por eso llegaba a veces con una piedra de afilar

que compré con mis primeros ahorros. Mi abuela nunca se había creído mi afición; menos la creyó mi madre cuando descubrió la afición diaria del extravagante.

Un día, mi tío, el que me había recomendado para el destino de la calle Quintana de Madrid, decidió que mi lugar estaba en la fábrica de calzado de Villalba. Aseguraba mi tío que era la mejor colocación posible, pues si yo era listo y trabajador, podría llegar "muy alto". Eso sí, empezando desde abajo.

Mi primer y último puesto en la fábrica fue desconcertante. Pasaba todo el día sentado muy cerca de la oficina principal con el cometido de hacer los recados, pero por alguna extraña razón, nadie me encargaba nunca nada. Un día le pregunté a una de las oficinistas el motivo de tal desaire, a lo que contestó: *si pasaras el día de pie, con las manos en los bolsillos, y silbando, todo el mundo estaría encargándote recados, pero como eres así de raro, así de extravagante*..

Me quedé estupefacto. Antonia, la oficinista menos cultivada de la fábrica de calzados, me había definido como extravagante. No era ni vago, ni perezoso, ni polémico, ni tímido... Era extravagante. Inmediatamente fui a la oficina de colocación, pues por primera vez en mi vida tenía sobre mi frente el estigma de la extravagancia. Casi, casi, un oficio. La descortés señorita que me atendió se rió al ver que el volante que sostenía la solicitud de empleo estaba cruzado por dos rayas en diagonal hechas con lápiz de carpintero; en su parte inferior podía leerse: *Matías Sarría: extravagante*. Tras enseñarme hasta la última de sus caries mientras se reía me preguntó: *¿Prefieres ser productor o extravagante?. Yo te recomendaría* –prosiguió con sorna– *que eligieras el oficio de productor, pues de ese modo todo el mundo le conocerá como el extravagante. Así conseguirás el doble propósito.*

A mí el argumento me pareció lo suficientemente razonable como para seguir su consejo. Todavía me convenció más el hecho de que por ser productor iba a tener una pensión vitalicia que me evitaría la penosa experiencia de trabajar. Así que lo primero que hice fue alquilar un pequeño estudio. En mi buzón puse orgulloso: *Matías Sarría: productor*. A los cuatro días hubo en mi finca una molesta mudanza . Una señora poco agradable se instaló con su hijo en casa de su madre, la adorable viejecita que parecía ser la más antigua de la finca. Vivían en el primero; dos pisos más abajo.

Quise entonces relacionarme con personas de mi edad y con las chicas del pueblo pero recibí una fuerte decepción al comprobar que todos sabían ya que yo era el extravagante; y que mi compañía, en principio, no era recomendable. Marisa, por ejemplo, la que tanto se había alegrado de mi retorno del servicio, arrojó mi estupendo ramo de margaritas por su ventana al comprobar la procedencia. Mi primas, Vero e Isa, se cambiaban de acera al verme y no respetaron siquiera el vínculo

sanguíneo. Pero el peor comportamiento de todos, el más visceral, fue el de mi madre. Me retiró el saludo y me empezó a tratar como a un extraño. Y lo peor de todo –luego me enteré– prohibió a su hijo hablar conmigo

Así que pasaba los días paseando por la calle más señorial y distinguida del pueblo y empecé a fumar en una larga y estrecha boquilla. Disfrutaba tanto del mercado del pueblo que cogí la afición de afilar un cuchillo que me había regalado el comandante Quintana.

Así ponía en mi vida algo de rutina, más de recuerdo y, sobre todo, extravagancia. Todos los treces de junio, San Antonio de Padua, iba a Madrid a comprar extravagantes prendas que encajasen en mi extravagancia. Pero en Madrid también tuve que renunciar a la comunicación con los demás. Mi alternativa forma de vida no estaba bien vista allá donde fuera, por lo que renuncié a viajar. Nadie quería hablar conmigo. Sólo el afilador del mercado participaba de cierto intercambio económico conmigo.

Y los años pasaban dentro de la más cruel de las monotonías. Un día encontré un libro de poemas de Rubén Darío en un banco. Lo leí y sentí mucho que el afilador no vendiera libros en su establecimiento. La incomunicación tenía al resto del mundo abarrotado, pero yo no era suficientemente fuerte para romper esos barrotes. Ni siquiera puedo comprar un libro, sollocé una tarde antes de salir de paseo.

Ya empezaba a pensar en el suicidio cuando un día encontré, en mi visita diaria al afilador, a un niño que me miraba ensimismado. Era el hijo de la desagradable vecina del primero. Tenía una cara simpática; no parecía el típico niño insolente y travieso de los que había por cientos. Recibí tal cantidad de humanidad en su mirada que no pude renunciar a hablar con él por el miedo a que se fuese asustado. Día tras día se repetía esta visita, y, de alguna manera, era lo único que me daba fuerzas para seguir viviendo.

El miedo a que se escapase remitió una vez que comprendí que lo nuestro era imposible. Que él no tenía culpa de mi extravagancia, y yo , pobre de mí, tampoco. Así que sólo mirarle me daba respeto. Su presencia me resultaba sensacional. Ahí estábamos los dos, fieles en nuestra compañía, discretos en nuestra mirada, confiados en nuestro aprecio, angustiados por nuestro silencio, firmes ante los demás, pero tristes, solos...

Un día dejó de aparecer y yo creí morir por fuera y por dentro. Pasé unas semanas críticas, pero el azar, único amigo que me quedaba y la única divinidad razonable, me dio la información que necesitaba: el chico ha ido a La Coruña a hacer el servicio. Vuelve en noviembre y él parece estar contento. Sólo quedaba esperar.

Y el día de San Francisco Javier, por fin, apareció el hijo de mi insufrible vecina hecho casi un hom-

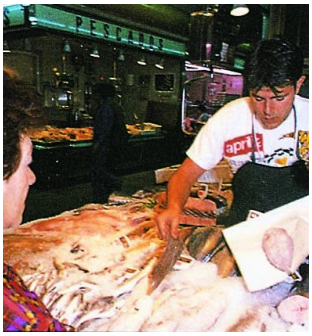
brecito. Mis paseos se cargaron entonces otra vez de armonía y de optimismo. Mi caminar era, si cabe, más distinguido y rezumaba la felicidad más permitida.

Pero justo entonces, Cobi, el afilador, cayó enfermo y, según se decía, no llegaría a ver el nuevo año. Me regaló dos piedras de afilar por lo que pudiera pasar. También me dijo que el hijo de mi vecina coleccionaba este tipo de piedras por lo que yo no debía preocuparme.

Poco antes de Navidad, Cobi murió. Desde su muerte afilé con fruición mi puñal para terminar con las piedras, soñando con el momento en que tendría que pedirle otra al hijo de mi vecina... Momento que ha llegado hoy.

Hoy es treinta de marzo. Me quedé sin piedras y fui a pedírselas a mi fiel amigo. Él, que parecía estar esperándome, me ha dicho, triste, que éramos la misma pena. ◆

ANTÓN SAGARRA GARULO
PERIODISTA



MERCADO EL GANGURO
VILLALBA (MADRID)

El Mercado El Canguro se construyó en Villalba a finales de los años ochenta, en un solar que antiguamente ocupaban barracas y feriantes en las fiestas de Santiago, que se celebran anualmente en esta localidad, reconocida como “capital” de la sierra de Madrid, cuya tradicional vocación de lugar de descanso y vacaciones para los madrileños de la capital se ha ido modificando a medida que Villalba, como el resto de los pueblos de la zona, se ha convertido en una ciudad de residencia permanente para una población cada vez mayor. El Mercado ocupa, en realidad, la planta baja y el sotano de un centro comercial más amplio, aunque la vida comercial de todo el conjunto se resiente de la implantación de varias grandes superficies. En la actualidad, el Mercado tiene unos 20 puestos, con una variada representación de productos perecederos –frutas y verduras, carnicerías, pescaderías, pollerías, etc.–, reconocidas entre la población de Villalba por el trato afable de los comerciantes y la calidad de los productos que ofrecen.